

# *Prólogo*

## Melo, nudo de historias

**Valentín Trujillo**

*Director de la Biblioteca Nacional  
de Uruguay*

«En medio de la pánica llanura interminable, cerca de Brasil...»<sup>1</sup> escribió el gran poeta Emilio Oribe sobre el sitio geográfico en que se asienta Melo, la ciudad donde había nacido en 1893. La llanura: grande pero cercada por las dos caudalosas venas de los ríos Yaguarón y Tacuarí y la arteria más pequeña del arroyo Conventos, topeada por las sierras de Aceguá y punteada en medio por el Cerro Largo, estirada estribación de la Cuchilla Grande. Nomenclatura guaraní sobre el triángulo que encasta en el mapa fronterizo, donde por siglos se tocaron dos imperios y tres lenguas. Los pasos del dios griego Pan recorriendo los campos de la patria americana: la llanura del miedo y del caos, y en medio del campo salvaje, el orden de un entramado de manzanas rectas y castizas, la ciudad; la respuesta urbana a la ruralia circundante, pieza diferente pero complementaria, núcleo de una energía centrífuga que se expresó en los libros y el arte, y que todavía subsiste. (Jorge Luis Borges envidiaba varios versos de poetas de diferentes épocas: les hacía reverencia y hubiera deseado haberlos escrito él. Así, con las sagas islandesas, algunos versos de Swedenborg, de Omar Khayyam, de José Hernández, quizás alguno de Rilke y también estos de Oribe del inicio del prólogo.)<sup>2</sup>

Esta edición de la *Revista de la Biblioteca Nacional de Uruguay* pretende reflejar, aunque sea de forma parcial, la estela de literatos



1 Inicio del poema «El grito» de Emilio Oribe, incluido en *El halconero astral y otros cantos*, 1925.

2 Borges, Jorge Luis. «Utopía de un hombre que está cansado», en *El libro de arena*, 1975. A pesar de que, en otra circunstancia, Borges le declarara a Osvaldo Ferrari que esos versos eran «asaz mediocres», de forma explícita los homenajeó y expresó que le hubiese gustado escribirlos. *En diálogo...* Disponible en la web del Borges Center.

y escritores que nacieron, vivieron y se proyectaron desde Cerro Largo. Es la primera vez en la historia de esta institución de más de dos siglos que un volumen se dedica de forma íntegra a un departamento y en particular a una ciudad. Bien puede ser una horma para próximos abordajes regionales.

«El obsesivo Melo...» le llamó Emir Rodríguez Monegal, en el primer volumen de su autobiografía inconclusa, *Las formas de la memoria*.<sup>3</sup> Una ciudad lejana para la capital, pero absorbente para los propios, orgullo y escudo, forma de ostentar una manera de ser, del pasado y del presente. Melo fue nudo de un territorio particular, mediterráneo pero surcado por ríos anchos, de corriente y de follaje, y arroyos desbordados; tierras de pasaje, puente y muro poroso: lo indio, lo criollo, lo portugués, lo negro, en la misma cazuela. Tierra ruda, gaucha, de filos y cuchillos. A la vez, tierra sutil, de poetas y versos finos, flores delicadas y trenzas ajustadas bajo la mirada de un firme crucifijo o un cielo total, anárquico e indiferente.



Ya hacia 1892, cuando nació Juana Fernández (quien luego se convertiría en Juana de Ibarbourou), o al año siguiente, cuando nació Oribe, Melo era una ciudad que poseía una conformación cultural propia y de carácter. Era el principal centro urbano de la frontera, desde Rocha hasta Santa Rosa del Cuareim (Bella Unión), baluarte y capital de un departamento agrícola pujante, donde vivían los dueños de grandes fortunas que pagaban y exigían a la comunidad servicios para sus familias, para compras, consumos y educación de los hijos, en un contexto particular, en el que circulaban periódicos y semanarios, donde florecían los clubes sociales y los grandes comercios, tiendas y almacenes, en una vida casi desconocida desde el lejano sur de Montevideo y la costa, pero muy activo en el ámbito del centro y el noreste. «Hasta la década de 1960, en las tiendas, los servicios, los cines, las iglesias y hasta en los prostíbulos, se juntaba toda la sociedad melense, los de arriba y los de abajo, en una mezcla horizontal que conformó una sociedad particular», explica la maestra y pedagoga Hortensia Coronel, entrevistada especialmente para este texto.<sup>4</sup>

3 En *Ensayo y memoria*, Colección de Clásicos Uruguayos, vol. 211, prólogo de Lisa Block de Behar, 2019.

4 La familia Coronel está conectada de forma íntima con Emilio Oribe: Coronel era su apellido materno. Descendían de Dionisio Coronel, bisabuelo de Emilio, militar blanco de las guerras del siglo XIX, senador por Cerro Largo, pariente cercano de Nicomedes

En esa última década del siglo XIX, entre las revoluciones sarravistas a ambos lados de la frontera, florecía en Melo el periódico *El Deber Cívico*, gran órgano de prensa y foco cultural, al principio bisemanal y luego diario. Su responsable era Cándido Monegal, colorado y vinculado a la masonería, encargado de representar los intereses del gobierno central en la ciudad y su marco de influencia. Monegal estaba casado con la influyente maestra Paula Sorondo, activa representante de un movimiento docente que había penetrado en Cerro Largo desde unas cuatro décadas antes.<sup>5</sup>

Las páginas de *El Deber Cívico* fueron el sostén para un movimiento literario que integró a escritores como Juana de Ibarbourou, Justino Zavala Muniz o Emilio Oribe, pero también a los literatos hijos del matrimonio Monegal-Sorondo: Casiano, más conocido como Cacho, y José, conocido como Pepe. Los Monegal formaron un auténtico clan literario, que irradió hacia el exterior del departamento y, a la vez, hacia Melo y hacia adentro, en la familia, de manera fermental y también abrupta y trágica, en el destino de Emir Rodríguez Monegal.<sup>6</sup> Casiano fue narrador, poeta y político, diputado por el Partido Nacional y cercano a Luis Alberto de Herrera. Llegó a publicar en las revistas literarias de Montevideo y a escribir sus versos en el periódico familiar. José, también narrador, historiador, enorme cuentista y talentoso artista plástico, publicó buena parte de su obra de narrativa breve en el suplemento cultural del diario *El Día*. La Biblioteca Nacional recibió en 2022 una importante donación familiar de documentos de José Monegal, y Gastón Borges, investigador y responsable del Departamento de Investigaciones y Archivo Literario de la BNU, aborda en este volumen un nuevo aspecto de lo que los críticos han dado en llamar «lo monegalesco».

También *El Deber Cívico* acogió a otros escritores melenses, como Salustiano Pintos, poeta gauchesco, y Valentín García Saiz, narrador criollo que luego migró a Montevideo, se hizo actor de teatro y fue el modelo que posó para José Luis Zorrilla de San



Coronel, conocido como Nico Coronel, sicario y uno de los asesinos del general Urquiza en el Palacio San José, en Entre Ríos, en 1870.

5 Por ejemplo, con las maestras Severina Sánchez de Pérez y Canuta Mutizabal, desde mediados del siglo XIX.

6 Su tío Casiano asesinó a balazos al padre biológico de Emir Rodríguez Monegal, Héctor Suárez, en pleno centro de Melo, por «cuestiones de honor» referidas al embarazo de su madre. Por su parte, el «tío Pepe», narrador y artista plástico, fue una influencia notable en la formación intelectual del futuro crítico literario.

Martín en la estatua de *El Gaucho*, ubicada en la avenida 18 de Julio y Constituyente. Su principal libro, *El narrador gaucho*, publicado originalmente en 1945, se reeditó en la Colección de Clásicos Uruguayos en 1978.

Sobre la matriz histórica y literaria de Melo escribe en este volumen el historiador Tomás Sansón Corbo, en un amplio repaso de las generaciones de escritores de la ciudad. La profesora Elena Romiti aborda la figura señera de Juana de Ibarbourou y tres artículos encaran la figura política y narrativa de Justino Zavala Muniz: uno del escritor Hugo Burel, otro de la investigadora Carina Blixen y el última del profesor Gustavo Toledo. Zavala Muniz, descendiente del caudillo blanco Ángel Muniz, pero militante colorado batllista, destacó en periodismo, más tarde en una obra narrativa singular a partir de la década de 1920, para luego desplegar varios géneros, desde la dramaturgia hasta convertirse en un gran gestor y agitador cultural en Montevideo, forjador de grandes instituciones culturales del ámbito público. Las investigadoras Vanesa Artasánchez y Alejandra Dopico suman un artículo en el que perfilan a Emilio Oribe, de alguna forma redondeando, con Juana y Justino, el «podio» de las tres firmas más famosas de la capital arachana.

La literatura, el periodismo y la política siempre estuvieron anudadas en Melo. Entre las décadas de 1910 y 1930, Saviniano Pérez Muñoz desarrolló sus dotes de ensayista de raigambre blanca, legislador, cuentista y periodista. Su hijo, Saviniano Pérez Fontaine, conocido popularmente como Nano, entre las décadas 1940 y 1950 fue varias veces intendente de Cerro Largo por el Partido Nacional y periodista de *El Censor*, dueño de un estilo único por la mezcla de informalidad administrativa y el trato cercano con el pueblo, así como su sensibilidad para la escritura política, la cultura y las artes.<sup>7</sup>

Los clubes de la ciudad promovieron no solo la actividad meramente social sino también la cultural. Un elemento importante de la sociedad melense fue la presencia negra, representada en la creación del Centro Uruguay, un sitio para bailes donde los negros eran aceptados. La pujanza de la comunidad se reflejó en el periódico *Acción*,



<sup>7</sup> El libro *Así fue el Nano Pérez y así gobernó* (2008), de Blanquita Herrán, da una muestra de anécdotas biográficas de Saviniano Pérez como político, periodista y gestor en Cerro Largo.

que se desarrolló entre 1934 y 1952.<sup>8</sup> Desde sus inicios, recibieron el apoyo del entonces intendente Enrique Oribe Coronel, hermano de Emilio, y de Casiano Monegal. Los circuitos del pueblo se superponen como capas de hojaldre.



Saviniano «Nano» Pérez, periodista y varias veces intendente de Cerro Largo, figura mítica del ambiente melense. Sección Materiales Especiales de BNU.

Ciudad de barrios con casas de patios abiertos, jardines y aljibes, y galpones en los que se discutían coloridas riñas de gallo y trifulcas, donde una niña llamada Amalia de la Vega tuvo los recuerdos que la marcaron para siempre.<sup>9</sup> Luego, como tantos, dejó el pago, salió de Melo y triunfó en la capital. En 1949, ya como una cantante consagrada, Amalia grabó para el sello Sondor la «Vidalita de Cerro Largo», con letra de Emilio Oribe y música de Luis Cluzeau Mortet:

<sup>8</sup> La colección completa del periódico *Acción* de la colectividad negra de Melo está publicada en la página web de la Biblioteca Nacional de Uruguay. Disponible en: <<http://bibliotecadigital.bibna.gub.uy:8080/jspui/handle/123456789/70435>>.

<sup>9</sup> El libro *Te escuchamos con halago. Amalia de la Vega y sus canciones criollas* (2009), del investigador uruguayo Hamid Nazabay, describe e interpreta con detalle vida y obra de la cantante melense. La niña recordaba de forma vívida las operaciones a los gallos heridos en las riñas, los ungüentos que les colocaban sobre las plumas y el brillo particular del sol.



Atahualpa Yupanqui, Amalia de la Vega y Santiago Chalar. Cortesía de Alan Jhonn Aguiar Schwyn administrador de la web Montevideo antiguo, para la *Revista de la Biblioteca Nacional*.

Soy de Cerro Largo, vidalita.  
Entre el gran follaje  
veo el esplendor, vidalita,  
del trigal dorado.  
Soy de Cerro Largo, vidalita,  
tierra del gauchaje  
tierra del valor y del naranjo en flor...<sup>10</sup>

Además, en las décadas de 1920 y 1930, Melo vio florecer otros focos literarios más allá del diagrama urbano. Un ejemplo fue Río Branco. Allí escribió el poeta gauchesco y periodista Pedro Martins, apodado Duca, y también la ciudad a orillas del caudaloso Yaguarón fue la cuna del payador y poeta Carlos Molina, conocido como el Bardo del Tacuarí. Payador itinerante, irreverente y de tendencia anarquista, Molina tuvo un largo y rico camino, a guitarra y cuchillo.<sup>11</sup> Pero el panorama se amplía con los nombres de otros autores, como Lola Noblía de Plaza, poeta amiga de Juana, hija del caudillo Isidoro Noblía, autora de una composición que cierra este volumen con el artículo de Alejandra Dopico.

La frontera y sus liturgias, la historia de las revoluciones y sus héroes trágicos, seguían latiendo en el folclor, en los versos y las canciones de un canto criollo que se desarrollaba desde nuevos horizontes. El gran cantautor Osiris Rodríguez Castillos, oriundo de la cercana Sarandí del Yi, ciudad duraznense vecina de Cerro Largo, retrató para siempre los paisajes y personajes en la letra y la voz de «Camino de los quileros», con enorme altura poética, pero sin visiones, ni románticas ni edulcoradas, a través del reflejo de una realidad dura e insensible, en una particular comuniación literaria, histórica y emocional.<sup>12</sup> También el folclorista artiguense Alan Gómez, cuyo archivo se encuentra en el Centro Nacional de Documentación Musical Lauro Ayestarán, de la BNU, le dedicó al departamento una canción desde el punto de visto del visitante, en una descripción:



10 *Op. cit.*, p. 85.

11 El libro *El bardo del Tacuarí* (2016), de Martín Palacio Gamboa, repasa algunos aspectos de la obra de Molina.

12 En el recital que brindó en 1978 en el Teatro del Notariado de Montevideo, Osiris Rodríguez Castillos recordó una anécdota con un tal don Perdigón, conocido de Osiris, que transitaba por los caminos de las sierras de Aceguá y recordaba exactamente unos ceibos bajo los cuales había estado parado Aparicio Saravia, cuando invadió desde Brasil en 1904. Disponible en: <https://youtu.be/ITJUJ0KWprM?si=bHK8PYcv3RtctX6t>.

Cerro Largo tiene cosas  
que siempre gana al viajero.  
Tiene casas coloniales,  
que viven peleando al viento.  
Tiene la Posta del Chuy,  
Y el Tacuarí que es un sueño,  
Tiene patios con aljibes,  
Tiene jazmines su aliento.  
[...]  
Y tiene lo que no tienen  
Posiblemente otros pueblos.<sup>13</sup>

De ese mismo conjunto de personajes fronterizos surgen los que animan la película *El baño del papa*, de 2007, con guion y dirección de César Charlone y el melense Enrique Fernández.

Dos instituciones diferentes, pero igual de sólidas, formaron parte del paisaje cultural melense, e influyeron en muchos autores nacidos y criados en la ciudad. Una es el carnaval, que irrumpía desde los barrios hacia el centro, con tablados, murgas y tamboriles, la fiesta popular en noches cálidas del febrero fronterizo, que se mantiene hasta el presente, aunque con otro formato. De esos carnavales surgió la figura de un muchachito, José Etcheverry, luego transformado en el enorme cantor Tabaré Etcheverry, intérprete de los versos de Julián Murguía y su *alter ego* poético, Martín Ardúa. A ese carnaval sempiterno le cantaría versos cargados de madrugadas románticas el poeta costumbrista Julio Guerra. Un artículo de la investigadora Lorena Costa retrata a Murguía y su circunstancia: letrista partidario, poeta blanco y folclórico, novelista, cuentista infantil y columnista de prensa.

La otra institución señera es la Iglesia católica de Melo. Dos personajes son protagonistas centrales en la proyección de la Iglesia de Melo en el ámbito cultural de la ciudad y del departamento. Uno de ellos fue el padre Félix Ugarte, cura lateranense vasco nacido en Oñate, Guipúzcoa, que predicó en Melo en la década de 1960, y fue muy influyente en los movimientos religiosos y artísticos de la ciudad, con sus múltiples derivaciones. Fueron líderes católicos surgidos en la ebullición del Concilio Vaticano II, en plena reforma



13 En el disco de Alan Gómez *Lo mejor de Alan Gómez*, sello Sondor (1985).



Vista desde el campanario de la iglesia de Melo, 1949. Primera Colección Aníbal Barrios Pintos. Sección Materiales especiales de la BNU.

de los ritos de la Iglesia y del rol que debía tener en la sociedad. «La Iglesia de Melo fue la primera en dar vuelta el exvoto de bronce del altar, en dirección a los feligreses», explica Hortensia Coronel, que concurría a las misas de Ugarte, que por primera vez cambiaron del latín al español. A ese contexto se sumó el sacerdote argentino Roberto Cáceres, nombrado obispo de Melo en 1962, que llegaba a la ciudad con el aire fresco del Concilio, en el que participó en todas las sesiones. La influencia y el ambiente están reflejados en el artículo del escritor y librero Juan Rodríguez Laureano, en el que se aborda la figura de Tabaré Etcheverry.

Los cambios políticos, filosóficos y culturales de la década de 1960 también impactaron en Melo y propiciaron que la nueva intelectualidad abrevara en otros sitios del arco ideológico. El matrimonio de los escritores Gley Eyherabide y Graciela Mántaras, también profesora y crítica literaria, es testimonio claro de este cambio generacional y de sensibilidades. Un cuento de Eyherabide fue incluido en el volumen *Cien años de raros*, compilación que realizó Ángel Rama en 1966 para la editorial Arca. Los artículos del investigador Néstor Sanguinetti, sobre la figura de Gley, y un sentido artículo de Gonzalo Eyherabide Mántaras sobre su madre, reflejan esa visión particular en una ciudad que pretendía no ser monolítica.

Del matrimonio entre el poeta y ensayista melense Rubinstein Moreira y la escritora Norma Suiffet surgieron varios libros de crítica y la revista literaria *La Urpila*. Del matrimonio entre la poeta Suleika Ibáñez (hija de la poeta Sara de Ibáñez y del profesor Roberto Ibáñez, creador del Archivo Literario de la BNU) y el pintor y gestor cultural Vladimiro Collazo, nació en Melo la escritora Marcia Collazo, autora de cuentos y novelas de marcado énfasis en la historia uruguaya. Los géneros se diversificaron e incluso la literatura arachana también posee su representante en el campo de la ciencia ficción: Oscar Solano, a través de obras publicadas por la Asociación de Escritores de Cerro Largo.

El poeta melense Andrés Echevarría relata una experiencia personal de formación, las memorias de un niño a comienzos de la década de 1970: la escuela, la política, la pintura, el cine, la televisión, el posterior vínculo con Juana atraviesan el texto, de cargado sentimiento del pago y de caracoles en los patios. Pero el terruño propio y lo ajeno también confluyen sobre el territorio de Cerro Largo y en este volumen, sobre el panorama de la literatura actual.



El narrador Damián González Bertolino, nacido en Punta del Este, para la novela en desarrollo que escribe desde hace un lustro, realizó un extenso viaje por el noreste del Uruguay, bordeó las líneas fronterizas para ambientar la historia de una maestra rural en las guerras saravistas y unió en particular odisea los caminos inesperados que lo llevaron desde el estado de Massachusetts, en el noreste de los Estados Unidos, hasta las criollísimas y a la vez abrasileradas sierras de Aceguá, en el noreste uruguayo.

Con motivos del centenario de Emir Rodríguez Monegal, en 2021 la Biblioteca Nacional, con la coordinación de Lisa Block de Behar, dedicó un volumen especial de su revista anual al destacado crítico, tan uruguayo como internacional. Se realizó una presentación del libro en Montevideo, pero por supuesto una delegación de la BNU viajó hasta Melo para el acto central de presentación, en el Teatro España. Por su parte, la Academia Nacional de Letras publicó en 2021 un trabajo de Wilfredo Penco que rescata un texto que se encontraba en el archivo del INIAL: una muy jugosa crónica de su experiencia cuando viajó a Misiones en 1949, en busca de la casa y algunos indicios de Horacio Quiroga. Este volumen republica ese rescate y aporta una serie de imágenes que ilustran el relato de Rodríguez Monegal con fotografías, muchas de su autoría, según cuenta el informe.

Así, la Biblioteca Nacional cumple con homenajear y destacar la literatura y el arte que surge, en este caso, de un foco potente a nivel artístico como Melo. Pero el territorio uruguayo es generoso y fecundo, y futuros volúmenes deberán prestar atención a otras ciudades y departamentos que han aportado talento indudable a las letras nacionales.

